

Señora Rosa Devés Alessandri, Rectora de la Universidad de Chile. Señor Manuel Amaya Díaz, Decano de la facultad de Arquitectura y Urbanismo. Autoridades universitarias, profesores, estudiantes y amigos:

Recibir esta distinción ha sido una gran sorpresa. La recibo con profunda emoción por lo inesperado y significativo de ella. La recibo agradeciendo a los que me han postulado a este honroso título y a los que, generosamente, acogieron la propuesta.

He sido profesor en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo durante 45 años. Fue una tarea que asumí con entusiasmo y dedicación. Un amigo, el profesor Hernán Montecinos, me llamó para invitarme a postular en un concurso para ser profesor ayudante de Taller. La invitación a concursar fue de última hora, y aunque muy interesado, no creí posible reunir en poco tiempo los antecedentes solicitados. Sin embargo, Myriam, mi esposa y socio, juntó los documentos exigidos, los presenté y fui seleccionado con otros dos arquitectos. Comencé en la sede de la Facultad que, en aquella época, estaba ubicada en Cerrillos, frente al antiguo aeropuerto. Comencé como ayudante del profesor Orlando Sepúlveda, iniciando un apasionante periplo, en el que esta ceremonia es para mí, el momento culminante.

El haber sido profesor, fue la respuesta de una vocación personal por la arquitectura. Sentía que ella era un ámbito y una tarea llena de riqueza, que había que mostrar y compartir. Ser profesor fue un compromiso y un estímulo. Fue una oportunidad de dar y también oportunidad de recibir. Una actividad, en que el intercambio de ideas con otros profesores y muchos estudiantes sobresalientes, me significó un enriquecimiento intelectual. Fui profesor part-time y en forma paralela trabajé en mi oficina. Ambas actividades, labor profesional y docencia se potenciaron mutuamente.

Participé activamente en este tiempo de preguntas y planteamientos, que es la universidad. Era, como hoy, una facultad integrada al transcurso de la arquitectura contemporánea y a los nuevos roles que la sociedad proponía al arquitecto. No puedo dejar de evocar por un momento, ese ambiente de empática convivencia, en que con las emociones de las entregas y exposición de los trabajos de los distintos talleres, se producía la magia del aprendizaje. Los proyectos de los alumnos examinados y criticados espontáneamente por la comunidad de profesores y estudiantes eran la mejor escuela. Me desempeñé principalmente como profesor de Taller, finalmente fui en el Taller de Título, Tutor de Proyectos hasta mi jubilación.

El Taller de Arquitectura es la disciplina básica y fascinante en la formación del arquitecto. Allí se aprende haciendo arquitectura. Cabe la pregunta de cómo es posible que se pueda hacer, lo que uno no sabe y viene a aprender a hacer. Es lo que resuelve el sistema de Taller. Es el trabajo del estudiante el que provoca la intervención, la enseñanza que imparte el profesor. No es un curso que se pueda seguir en forma principalmente receptiva, escuchando una materia. En el Taller hay un compromiso personal, y lo importante de él es que es un compromiso mutuo. El profesor no solo corrige en una actitud negativa, lo que el alumno presenta. Se espera de él, que descubra las

potencialidades en la propuesta del estudiante y que sea capaz de ver y estimular su progreso. Hay un parecido, pero no es la relación del maestro y el discípulo, en que el discípulo aprende más bien a repetir o a imitar. En el taller lo que se espera es la incitación a un trabajo creativo personal, a una especie de descubrimiento permanente.

Más adelante, en mi transcurso universitario, durante varios años tuve la suerte de ser nombrado miembro, y luego Presidente, de la Comisión de Evaluación Académica de la Facultad. Más tarde fui por varios períodos miembro de la Comisión Superior de Evaluación Académica de la Universidad. Estas experiencias me hicieron tomar conciencia de la importancia del cuidado por el perfeccionamiento académico, que es característico de la Universidad de Chile.

La Universidad ha sido definida como el “pensamiento como institución”. Es un concepto hermoso y define esencialmente la vida universitaria. Se podría tener una visión estática del pensamiento, creyendo que es algo que está allí como resultado, como un valor que reconocemos, un acervo cultural, quieto como un libro en la estantería. Sin embargo el pensamiento universitario es la antítesis de la pasividad, es esencialmente dinámico, disconforme y crítico. Se avanza en él en una mezcla de esperanza y escepticismo. La Universidad de Chile le da impulso principal y cauce a este desarrollo intelectual.

Mi experiencia en la Comisión Superior de Evaluación, me significó una comprensión más profunda de la trascendencia de la labor de la Universidad para el país. La Comisión estaba permanentemente señalando, la importancia vital de perseguir la excelencia de su cuerpo docente, valorizando la investigación, las publicaciones y creaciones, para calificar y alentar el trabajo de los profesores, de las diferentes disciplinas universitarias. Los avances y profundización de las investigaciones y trabajo de los profesores, son el peso específico de la universidad, en el ámbito nacional e internacional.

Ser universidad, perseverar en el superarse y salvar obstáculos es una tarea difícil. La entropía tiene aquí un campo de acción predilecto. La imagen de la universidad parece la de un gran barco en marcha, con una inercia incontenible, que así como difícilmente podría ser detenida, con similar dificultad logra ser acelerada. Generalmente tratamos de ser uno de esos fogoneros, que quieren echar más carbón a la caldera, para aumentar su impulso.

La misión de la Universidad está, esencialmente también, en la preparación de los profesionales que el país necesita.

De acuerdo con este concepto, cabe señalar que es natural y positivo el que los títulos profesionales y, con ellos, la facultad de ejercer profesionalmente, sean otorgados por la Universidad. Es una garantía de solvencia profesional. Es nuestra experiencia nacional exitosa. En otros países, son los colegios y asociaciones profesionales las que otorgan la autorización para ejercer, lo que presenta riesgos de arbitrariedades. En nuestro caso, la gran trayectoria de la Universidad de Chile avala su tuición sobre la habilitación

profesional de sus estudiantes egresados. En cierto grado, son una excepción los egresados de Derecho, que deben rendir examen final frente a la Corte Suprema de Justicia, uno de los Poderes del Estado que al titularlos, los integra a sus funciones.

Al analizar la formación de los profesionales arquitectos se aprecia que ella tiene exigencias propias. Desde siempre ha tenido que combinar armónicamente arte y técnica. No existe el arte puro ni hay una total libertad en él. En las disciplinas artísticas hay siempre diferentes grados de libertad, o si se quiere, de restricción. Las limitaciones están en la materia sobre la que se hace realidad la obra. Como ejemplos de esta condicionante material podrían señalarse el sonido, el movimiento, el ritmo, el espacio, el lenguaje. Esta materialidad, sea ella la más indeterminada, como en la poesía, o la más tangible, como en la arquitectura, presenta condiciones técnicas y en el trabajo con ellas hay limitaciones. No podría haber creación artística sin un medio, sin una materia en que ella se manifieste. En la arquitectura aparece claramente esta condición, y el medio en que ella se desarrolla es complejo y con variadas condicionantes. Entre estas condicionantes, quizás la más gravitante es la resonancia con las aspiraciones de la época y con la realidad socio-económica en que se inserta. La forma de insertarse en ella depende de la eficiencia del servicio profesional que se presta y de que este sea respuesta efectiva para lograr el progreso.

Se ha planteado que en la creación arquitectónica habría una conjunción orgánica entre el pensamiento artístico y el pensamiento científico. Sin embargo, el pensamiento científico tiene por objeto el conocimiento, el descubrir y comprobar; es deductivo y está regido por la lógica, se avanza en él paso a paso, en forma silogística. La comprobación de sus conclusiones, quiere tener un carácter, que aunque sea momentáneo, en la instancia debe ser absoluto. El pensamiento artístico es fundamentalmente distinto, es intuitivo. Aparecen sus conclusiones como una luz que se enciende, como una evidencia, y su expresión es la forma visual de la obra y la expresión de un significado implícito en ella. Esa evidencia, inspiración se le llamó alguna vez, será corroborada, evaluada por el autor en un proceso racional, sólo *a posteriori*. Así es característico en el trabajo del arquitecto, en cuanto artista, el paso de la euforia del descubrimiento a lo que podríamos llamar “la noche del alma”; en la que lo que ayer fue encuentro maravilloso y parecía la solución, hoy es crisis. Trágicamente ya no satisface. Esto se repite cíclicamente en el tiempo, que va girando durante el desarrollo del proyecto.

La intuición artística trae consigo necesariamente la materialización de su imagen. Ella se logra a través del oficio, que el artista debe dominar. Este dominio, de lo que llamamos el oficio, no es un asunto científico: es técnico. Consiste en el saber hacer; en el saber aplicar lo que se sabe. Para ese manejo técnico el profesional universitario aprendió principalmente “lo qué es y el qué hacer” de su disciplina, un técnico en cambio aprendió principalmente el “cómo” hacer.

Cuando la universidad ofrece la formación de profesionales arquitectos, la docencia se encuentra con el desafío de conciliar armónicamente arte y técnica.

Predomina todavía una visión heroica, estelar, aunque unilateral del arquitecto. Es la del arquitecto sólo como artista, una proyección de esas figuras iniciales de la arquitectura moderna: Le Corbusier, Mies, Wright, los goznes sobre los que giró una época.

Sin embargo la fuerza renovadora del Movimiento Moderno de Arquitectura perdió su impulso. Hay hoy día una nueva academia, en ella los tratados de Vignola o Serlio son reemplazados por las imágenes de las revistas, las de la Internet y ahora por la inquietante Inteligencia Artificial, que viene como un nuevo don de Prometeo, ofreciendo la creación infinita de imágenes formales. Si los arquitectos nos refugiáramos en ese ensueño sensual de las imágenes, muy pronto tendríamos que dejar que nuestra tarea sea reemplazada por una máquina.

Se guarda una visión parcial y adulterada del arquitecto. Es la que hoy predomina con la fuerza de un paradigma, es decir con la fuerza de una verdad aceptada, es la creencia en la que se está. Esta imagen parcial, presenta una concepción que, aunque define un carácter esencial, que sería el de la capacidad de proposición de formas, considera sin embargo sólo eventualmente, e incluso desdeña, otros valores que forman parte de la profesión y su oficio. Se da por cumplida la labor del arquitecto cuando la imagen formal de la obra está definida y se tiene por secundario todo el aspecto técnico, que todavía es necesario para su realización. Me parece necesario tomar plena conciencia crítica sobre el peso negativo de ese subconsciente, que entrapa la imagen del arquitecto y la enajena de su acción social natural. Una visión que pesa gravemente cuando se considera el numeroso contingente de jóvenes, que se deciden por la profesión de arquitecto y que buscan en ella un ámbito real, de desarrollo personal y de trabajo.

La labor del arquitecto, en la actualidad ya no significa necesariamente la oportunidad de proyectar, de crear formas. Si está en una oficina habrá que situarse en algún nicho dentro del equipo, donde la competencia necesaria para actuar no será automáticamente la de la capacidad de diseño. Hay otras labores. Actualmente la ejecución de un proyecto significa la intervención de un grupo numeroso de diferentes disciplinas, más de 15 en muchas licitaciones públicas. En este escenario el proyecto pierde, en cierto grado, el carácter de creación individual, típica idea integrante del paradigma mencionado. En las soluciones hay ahora un proceso con un obligado grado de interacción, en que deben conciliarse diferentes aportes, que pueden potenciar y conducir la intuición formal inicial por caminos insospechados. Hoy impera el trabajo en equipo. Se puede apreciar que el nombre de más de algún arquitecto de resonancia internacional, no es otra cosa muy diferente a una marca comercial. Sus obras no son ya tan personales, son resultado del trabajo de un numeroso grupo de profesionales, generalmente anónimo.

El proyecto fue hasta hace poco tiempo sólo un conjunto de planos y especificaciones técnicas. Hoy abarca una serie de temas como “la programación de la obra”, su “impacto ambiental”, su impacto en la “vialidad de la ciudad”, la “seguridad de los edificios”, la “evaluación económica”, la “eficiencia en el uso de la energía”, la certificación como “obra sustentable”, otras certificaciones y la revisión del cumplimiento de complejas normativas.

Cada uno de estos temas requiere la presentación de informes, memorias de cálculo suscritas y revisadas por especialistas. Son aspectos que forman parte ineludible de lo que hoy se exige como proyecto.

Es necesario un conocimiento más profundo sobre la organización legal de las agencias de gobierno y su administración, necesarios como orientación mínima para el numeroso contingente de arquitectos que se desempeñará en el servicio público. En la actualidad, el campo de desarrollo profesional del arquitecto está principalmente definida por el Estado. Este encarga el grueso del volumen de proyectos a través de sus ministerios y otras agencias estatales, con todas las exigencias señaladas anteriormente. El arquitecto, especialmente aquel que era característico del período barroco, ese cortesano que debía halagar y homenajear a su señor, se reemplaza hoy por el arquitecto que debe prestar un servicio social eficiente.

Es el campo profesional en permanente evolución y que requiere permanente adaptación para actuar en él. Así estas palabras son como una instantánea, una fotografía donde el personaje que se retrata, ya se movió. Es importante hacerse cargo de esta realidad dinámica y auscultarla permanentemente junto con los futuros profesionales. Simultáneamente con lo que podíamos llamar el *corpus* central del currículo, ella permitirá definir posgrados, especializaciones, cursos de capacitación, charlas, etcétera, que adelanten una visión de campo a los futuros profesionales.

Dejar la Universidad es difícil. No se puede en realidad salir de ella. No es algo así como cerrar una puerta, irse y olvidarse. Quedamos sin querer atentos a su transcurso, sabemos que ella sigue y permanecerá en el tiempo. Nuestra mente en forma inevitable mantiene una atención y hace una interpretación de su trascendencia e inserción social actual. En mi caso, esta reunión me ha permitido señalar aspectos de la realidad del ejercicio de mi disciplina, que en permanente evolución, abre nuevos espacios en los que se desempeñarán los futuros profesionales que la Universidad está formando. En ellos el paradigma del arquitecto artista debe armonizarse en profundidad con el de un servicio profesional, integrado a las dinámicas exigencias culturales y técnicas actuales.

Con esto termino. Estas palabras han querido ser expresión de mi adhesión a la presencia y actualidad de ideas, que siguen siendo vitales en el desarrollo de nuestra Universidad y la Facultad de Arquitectura y Urbanismo, inserta en ella. La ubicación de esta Casa Central de la Universidad de Chile, en que estamos en este momento, me parece un símbolo profundo de ella y su misión histórica. Esta casa está ubicada en el centro de Chile. Sin muros ni rejas, anchamente abierta, su "campus", es la ciudad y el país. Vamos en la confianza de su desarrollo cada vez más trascendente, en el ámbito nacional e internacional. Desarrollo apoyado en su espíritu de rigor intelectual, y en la búsqueda de la inserción de sus profesionales, en un desarrollo, progresivamente más amplio y más rico para la sociedad. Muchas gracias.